

Así son todos los personajes de De la Cuadra. Unos cometen incestos, otros mueren sombríamente, los de más allá son carne de miseria y de explotación por obra del mayoral y del cura. Un indio dice en un relato a propósito de una mujer: «Dizque amo cura quiso dormirla, y la Lucha no se dejó...» En ese «quiso dormirla» late toda la existencia de estas mujeres pintadas por De la Cuadra. Sus vidas ruedan entre la servidumbre doméstica en que pierden la virginidad y el matrimonio que las aplasta y embrutece junto a un marido borracho y que las apalea.

Esta literatura no tiene refinamientos ni floripondios retóricos. Es una salida humana y dolorosa que la nueva sensibilidad ha buscado para expresar la gran desesperanza de un pueblo. No puede, pues, ser gustada por aquellos críticos majaderos que exigen al arte un refinamiento y un preciosismo que se halla tan lejano de las almas primitivas de los montuvios y yungas.

De la Cuadra significa en la novela americana de este momento un hermoso ejemplo de realismo veraz, de interés dramático y de sinceridad artística. Con su reciente libro se coloca reciamente al lado de Azuela, de Icaza, de Robleto, de Antonio García, de Aguilera Malta; de Pareja Diez Canseco y de otros espíritus que amasan sus obras con las más puras esencias de nuestra dolorosa realidad.—RICARDO A. LATCHAM.



CHARCA EN LA SELVA, por *Fernando Santiván*. Ercilla, 1934.

Mientras permaneció allá en el sur, Fernando Santiván, por lo menos aparentemente, no sintió gran inquietud por publicar libros. Recordamos, y de esto hace ya años, que en una ocasión en que nos encontrábamos en casa de Mariano Latorre, estaba ahí Santiván, que había venido por unos días a Santiago.

En esa ocasión conversamos por primera vez, y recordamos también que al preguntarle si tenía alguna obra en preparación, nos respondió con aire un tanto desencantado:

—¿Y para qué? Creo que no hace falta. Mire Ud. como están los libros aquí. . .

Y al decirnos esto, nos mostraba los libros que en estantes, sillas y mesas llenaban por completo el escritorio de Mariano Latorre.

Tal vez aquella respuesta, no fué sino el resultado de un momento de hastío, de cansancio, de momentánea desesperanza. De uno de esos momentos en que el hombre siente que ninguna de las satisfacciones de la vida ha colmado sus anhelos. Pero en el corazón del escritor que es Santiván, aquello no podía subsistir, no podía ser sino un estado de ánimo pasajero. Tal vez el deseo de descansar largamente, de rehacerse para recomenzar de nuevo, con mayor energía, una segunda etapa de su labor literaria. Y en realidad los hechos nos han venido a confirmar en esta idea.

Vuelto a Santiago, Santiván, ha ido entregando unos cuantos libros, a las editoriales santiaguinas, que allá, en medio de la naturaleza y de la tranquilidad de su hogar, fuera escribiendo poco a poco. Primero sus «*Recuerdos Literarios*», libro lleno de animación, de vida; empapado en emoción y en calor humano, en el cual traza con admirable nitidez, cuadros muy interesantes del ambiente literario, y de los hombres que en él actuaban en una época que Santiván vivió y conoció muy de cerca. Luego un volumen titulado «*Escuelas Rurales*», en el cual hace un detenido estudio sobre lo que es y debe ser la educación primaria en el campo. Y ahora, recientemente, acaba de entregar al público lector, una novela: «*Charca en la selva*», vigorosa pintura de lo que es la vida en una aldea del sur.

Desgraciadamente, la vida en aquella aldea, no dejó huellas de simpatía ni de afecto en su corazón. En medio de una naturaleza espléndida, junto al lago azul que predispone al en-

sueño, existe un pudridero humano, en donde se agitan y entremezclan las pasiones, los odios, las envidias, y todos aquellos elementos negativos del alma humana. La gente que allí vive, estrechada por la pequeñez del medio, no se ha empapado en la generosidad de la naturaleza, sino que por el contrario, viven como los alacranes mordiéndose el corazón, sólo preocupados de alimentar una guerra sorda, mezquina, odiosa. Quien llega allí a establecerse, es recibido ávidamente, y siente muy pronto la sugestión de dos fuerzas contrarias que tratan de atraérselo como un nuevo elemento que puede robustecer su causa. Una causa mínima y ruin por lo demás, pues no se ve ninguna razón superior y grande que la justifique, o la haga siquiera necesaria.

El enredo de la novela es de una simplicidad muy grande. Franco Linares, llega a X^{ooo} y oye muy pronto a un matrimonio—los hoteleros alemanes del pueblo—contar malévolamente la historia de todas las gentes del poblacho. Entre ellas, la de Mario Casals, un ingeniero que allí vive, y de quien se dice que su mujer lo burla, con amores que mantiene con un señor Préndez, el macho Préndez, como lo llaman allí. Realmente no se ve cuál es el objeto de la llegada de Linares, ni de su aparición en la novela. Tampoco se sabe nada de lo que piensa Casals, de lo que desca hacer, o de si se siente escarnecido por su mujer. Es un ser silencioso y triste, que siente a su alrededor el odio de la gente, porque ya no les puede dispensar favores como antes. Luego se enferma, y en un día gris y triste de invierno, lo llevan a Santiago en un pequeño coche. Por el camino va Linares con su mujer, que ahora manifiesta desdén por Préndez. Desde su coche, que le sirve de lecho de dolor, Casals los ve aparecer en un alto del camino, conversando muy juntos el uno del otro.

Abatido, deja caer la cabeza, y cuando el mozo que va a caballo cerca de él va a verlo, está muerto.

Esa es la novela. Como se ve, el asunto es de una gran sencillez y sin ninguna complicación. Es tal vez un drama doloroso contado con la pericia del novelista experimentado y lleno de

recursos que es el autor. Hay bellas notas del paisaje, y la descripción de una tempestad en medio de la selva. En suma, una novela como todas las de Santiván, muy amena y llena de interés, pero en la cual se advierte en él, una falta absoluta de simpatía por los seres y las cosas que, a pesar de todo, le infunden ánimo para meterlos en las páginas de una novela. — L. D.



PACIFICO - ATLANTICO, por Domingo Melfi.

Los anteriores libros de Melfi merecen un estudio detenido, que nosotros no estamos autorizados para emprender en este artículo. Lo merecen porque en cada uno de ellos; el autor ha logrado extraer de nuestra vida colectiva, pretérita y actual, un buen número de figuras decisivas para la evolución social e ideológica de la raza, y al mismo tiempo, un cúmulo de verdades que era necesario desescombrar para utilizarlos, quizá, algún día, en una nueva estructura, digna y desapasionada, de nuestra historia social y política. Lo merecen, y esto es esencial para la mejor comprensión del nuevo libro de Domingo Melfi, porque en aquellas obras de aguda y cálida observación, están asentados los orígenes emotivos y los móviles espirituales de «Pacífico-Atlántico» (1). Melfi se define en este libro, como el ensayista sin careta que tanta falta hacía en Latino América. Espléndidamente ubicado en los cómodos ángulos de una cultura que supera los límites de nuestra raza, recoge la verdad esquemática y revelante de tierras y hombres, sin otra vinculación personal con el objeto que el fervor humano, bien iluminado por una rara intuición y una leal inteligencia; fervor que aproxima y funde nacionalidades y pueblos. Mucho más que el deleite intelectual del mero ensayista, malabarista de las imágenes y de las ideas

(1) Ediciones «Atenea», Santiago 1934.

